

de los Vosgos se debian suministrar por la Alsacia y el Franco-Condado.

Desgraciadamente faltaban fusiles para armarlos, pues á pesar de los talleres creados en París y en Versailles, no llegaban las armas de fuego al número suficiente, y segun ya hemos dicho, se contaban mas brazos que fusiles, aun cuando tantos y tantos se habian prodigado desde las márgenes del Moskowa hasta las del Tajo.

Otro recurso quedaba á Napoleón y estaba decidido á usarlo sin pararse por sacrificios, y era el que ofrecian los dos ejércitos de España, los cuales reunidos delante de París le proporcionaran de ochenta á cien mil soldados superiores. Con este solo recurso le bastara para anonadar á la coaliccion y precipitarla sobre el Rhin; pero era muy dudoso que lo pudiera emplear en tiempo oportuno. Del duque de San Carlos no se sabia mas sino que despues de cruzar la frontera de Cataluña, se habia internado en España. El infeliz Fernando, tan ganoso de trasladarse de Valanzey al Escorial, como Napoleón de llevar del Adur al Sena á sus soldados, se consumia de impaciencia. Mas los dias pasaban sin fruto. Aprovechando José con oportunidad la coyuntura para salir de su posicion falsa, escribió á Napoleón que no tenia condicion que imponer, ni rescarcimiento que pedir ante la invasion del territorio, y que solo solicitaba servir al Estado bajo cualquier concepto y en cualquier punto. Napoleón le recibió en París, le devolvió su calidad de principe francés asi como su plaza en el consejo de regencia, y determinó que sin darle como antes el titulo de rey de España, se le llamara *el rey José* y á su esposa *la reina Julia*.

Este convenio, ventajoso porque restablecia la concordia en el seno de la familia imperial, era hasta el presente el único resultado de las negociaciones de Valanzey. Interin se le proporcionaba llamar á la totalidad de las fuerzas de la frontera de España, se decidió Napoleón á retirar algunas. Al prescribir á los mariscales Suchet y Soult que se hallaran prontos á marchar con todas sus tropas hácia el Norte de Francia, dispuso que provisionalmente enviara el primero á Lyon hasta doce mil hombres, y el segundo á París de doce á quince mil y de los mas selectos. En los caminos se aprestaron medios de transporte para que la infanteria fuera por la posta, como se hizo en otras ocasiones. Ciertamente de resultas de este doble desatamiento iban á quedar los mariscales Suchet y Soult muy debilitados; pero como se les pedia que retardaran los progresos del enemigo por el Mediodía de Francia, no desconfiaba Napoleón de que aun pudieran lograrlo con las fuerzas que tenian á disposicion suya. Además, á tenor de órdenes anteriores, á Burdeos, Tolosa, Montpellier y Nimes, habian enviado cuadros, donde empezaban á ingresar alistados, vestidos y armados á toda prisa, los conscritos de estos departamentos. Verdad es que, sorprendiéndonos antes de la época prevista del mes de abril las hostilidades asi allí como en todos lados, solo se hallarian en los cuatro depósitos veinte mil hombres de los sesenta mil con que se habia echado cuenta; pero tal como fuese este recurso no se podia desdeñar en nuestra situacion apurada.

Despues de atender Napoleón á la creacion de estas fuerzas, se ocupó en darlas el destino mas



provechoso. Aunque la primera demostracion del enemigo hácia Bélgica hiciera suponer que su principal esfuerzo se intentaria por este lado, desde el paso del Rhin junto á Basilea ya la marcha de la invasion no ofrecia la menor duda. Al golpe vió que, aun empujando la coalicion el cuerpo de Blucher de Maguncia hácia Metz por el camino del Nordeste, su designio era avanzar por el Este con su mas fuerte columna para girar en torno de las defensas de Francia, y marchar por Befort, Langres y Troyes sobre Paris; y correspondientes á este cálculo fueron las providencias adoptadas por Napoleon con premura.

A los mariscales Marmont y Victor, no bien salidos de las plazas, les hizo seguir uno tras otro de Estrasburgo á Befort por el borde de los Vosgos para disputar lo mas posible al enemigo el paso de estos montes, ya intentarían forzarlos, ya quisieran rebasarlos por Befort, y replegarse despues sobre Epinal para hacer cara á la columna que se presentaba por el Este. Sobre el mismo punto de Epinal debió correr toda la Jóven Guardia que dentro de Metz se formaba entonces, poniéndose bajo las órdenes del mariscal Ney. De Bélgica, adonde se encaminó al principio la Vieja Guardia, se le hizo retroceder hácia Chalons-sur-Marne, para tomar posicion en Langres. Solo se dejó en Bélgica á la division de Roguet, y nada mas que el tiempo necesario para que el general Decaen pudiera juntar los primeros elementos de un cuerpo de ejército. No amenazando el grande esfuerzo de la coalicion por este lado, no queria Napoleon dejar alli mas que las fuerzas indispensables para contener y retrasar al enemigo que venia del Norte.

A consecuencia de estas órdenes los cuerpos de los mariscales Marmont, Victor, Ney, Mortier, compuestos de sesenta mil hombres á lo sumo y escalonados de Epinal á Langres, sobre las cumbres que separan el Franco-Condado de la Borgoña, debian disputar á la masa invasora del Este la entrada de los valles del Marne, del Aube, del Sena, mientras con las tropas que aprestaba en Paris, y las que procedian de España, iba Napoleon á sostenerlos y á llevarles el auxilio de su persona. Si Blucher, cuyo movimiento no se debia perder de vista, llegando por el Nordeste, se adelantaba de Metz á Paris, mientras que Schwarzenberg se dirigia al mismo punto por Langres, no se hallaba Napoleon sin recurso contra este nuevo peligro. Macdonald con los cuerpos undécimo y quinto refundidos en uno solo y con el segundo de caballería, en totalidad quince mil hombres, debía abandonar los Países Bajos, seguir paralelamente el movimiento de la columna de Blucher entrada por Metz é incorporarse por Chalons-sur-Marne á Napoleon, que despues de haber caído sobre Schwarzenberg, se arrojaria sobre Blucher, supliria al número con la actividad, la audacia, la energía, haria en suma lo que pudiera, pelearia como gobernaba, á la desesperada. ¡Son tantos los repentinos favores que tiene la fortuna, no solo para los atrevidos, sino para los tenaces que porfian y pugnan por atraérsela á toda costal! ¡Asi el conquistador que habia llevado seiscientos cincuenta mil hombres á Rusia, despues de dejar cien mil en Italia y trescientos mil en España, para resistir á la coalicion europea tenia solo unos sesenta mil combatientes replegados entre Epinal y Langres,



quinze mil retirándose de Colonia á Namur, veinte ó treinta mil formados delante de París, y quizá veinte y cinco mil procedentes de los Pirineos! ¡No le quedaba mas de su inmenso poderio! ¿Y qué decir, fuera del número, de la calidad de estas tropas? ¡Algunos mancebos sin instruccion, sin vestuario y sin armas, metidos en las filas de algunos veteranos consumidos por la fatiga, si bien todos con la sangre francesa en las venas y conducidos por el genio de Napoleon, iban á disputar la Francia al universo irritado, y como se verá muy luego, á operar todavía prodigios!

A estos recursos hay que agregar el ejército reunido junto al Ródano. Anunciando el enemigo el proyecto de hacer punta hasta Ginebra, y pudiendo desembocar por Saboya, si el príncipe Eugenio era vencido en Italia, fuerza era proveer á la defensa de Lyon sin levantar mano. En el gran arco de círculo que Napoleon iba á describir en torno de París al maniobrar contra las dos columnas invasoras, podia correr perfectamente de Metz á Dijon, mas no extender su brazo hasta Lyon, y en este caso la capital fuera amenazada por Autun y Auxerre ó por Moulins y Nevers. De consiguiente encargó á Augereau, cansadísimo y sin duda, bien que aun con vestigios de ardimiento y con inspiracion para hablar á las masas, que fuera á reunir en Lyon cuadros, conscritos, guardias nacionales, y los incorporara á los doce mil hombres que Suchet le enviaba del Rosellon. Si comprendia este veterano de la revolucion el papel que le estaba encomendado, tras de arrollar sobre Ginebra y Chambery á la porcion de aliados que amagara á Lyon, debia remontar el Saona por Macon, Chalons

y Gray, para caer sobre la espalda del grande ejército que hubiera invadido á Borgoña. Asi la casualidad como las circunstancias le podian facilitar la coyuntura de prestar á Francia muy relevantes servicios.

Sin embargo de ser la situacion al parecer desesperada, Napoleon no desesperaba de ningun modo, y jamás se mostró su espíritu menos abatido, ni mas fecundo en recursos. Mientras aceleraba tan activamente la conclusion de sus aprestos, le era forzoso apelar á medidas politicas, á fin de que los medios morales concurrieran al mismo objeto que los materiales. Tras de tener ociosos en París á los miembros del Cuerpo legislativo, se determinó por fin á juntarlos, deseando servirse de ellos para despertar la opinion pública y contarla otra vez de su parte, ó cuando menos para obligarla á que se fijase en los peligros de Francia, amenazada á la sazón con un horroroso desastre.

Entonces aconteció lo que ha acontecido ya muchas veces, lo que volverá á acontecer otras muchas; que la opinion que se ha intentado comprimir se hace mas vehemente y mas intempestiva en sus manifestaciones. Por no haber querido permitir la expresion de ella cuando no ofrecia peligro y aun podia ser provechosa, hay que aguantarla fuera de tiempo y cuando en vez de recriminaciones se necesitaria la adhesion mas absoluta. Otro de los inconvenientes de estas explosiones tardias consiste en que unos no saben decir la verdad y otros no saben escucharla, de donde resulta que en vez de ser de socorro es de peligro, y en vez de sonar á consejo suena á amenaza.

A París habian llegado los miembros del Cuer-



po legislativo con el corazón henchido de los sentimientos de sus provincias, desoladas por la conscripción, por las requisiciones, por las providencias arbitrarias de los prefectos, que tan pronto establecían impuestos á su capricho, como desterraban al padre bien acomodado que negaba para la guardia de honor á su hijo, ó arruinaban con los pesquisidores al colono infeliz que había escondido al suyo en los bosques. A estas penalidades verdaderas, no forjadas ni con asomos de arma de partido, se añadían las nociones exageradas, si pudieran serlo, de lo que pasaba en los ejércitos franceses, nociones recogidas de todas partes, y á veces de boca de los mismos individuos del gobierno. Donde quiera, y sin suavizar los colores, se describían las desventuras de la última campaña, los padecimientos de nuestros soldados, moribundos y desamparados en los caminos de Sajonia y Francia, los espantosos estragos del tifus junto al Rhin, las calamidades no menos horribles de la guerra de España. Lo acerbo de estos males se había agravado al saber la facilidad del remedio. Aun cuando el público no supiera que un día en Praga se pudo obtener la paz mas brillante, y que por una obstinación criminal se dejó pasar la coyuntura (lo cual era el secreto de Napoleon y de Mr. de Basano, interesados en no jactarse de ello, y de Mr. de Caulaincourt, súbdito harto fiel para divulgarlo, no había quien no estuviese persuadido de que si la paz no estaba celebrada era por culpa de Napoleon; que los aliados la habían querido hacer siempre; que Napoleon no se había prestado á admitirla nunca; y ahora que era verdad lo contrario, ahora que Europa, envalentonada con sus triunfos,

ya no quería la paz despues de haberla deseado vanamente, y que Napoleon no podía conseguirla á pesar de anhelarlo mucho, no distinguiendo la opinión pública una época de otra, le acusaba de un yerro en que había incurrido y ya no incurria ahora, le acusaba cuando había necesidad de sostenerle. ¡Triste y fatal ejemplo de la verdad por largo tiempo oculta! No nos cansaremos de repetir que mas vale revelársela á los pueblos de seguida, porque así reciben á su tiempo las impresiones que está destinada á producir, y no experimentan en un instante los sentimientos que debieran experimentar en otro. Lo natural fuera indignarse medio año antes, y enmudecer hoy y no escatimar apoyo ninguno. Cabalmente se hacía lo contrario. Y hay que añadir que por efecto de la ruindad del corazón humano, tal individuo que había hecho gala de figurar entre los mas sumisos y mas llenos de maravilla ante las grandezas del reinado, ahora que se empezaba á desvanecer su prestigio, se distinguía entre los que lo denigraban mas sin rebozo.

Un mes pasado en París y sin hacer nada, las malas especies trasmitidas de boca en boca y las excitaciones importunas, inadecuadas cosas eran para calmar á los miembros del Cuerpo legislativo. Todos los gobernantes habían echado de ver sus propensiones, y sentían zozobra; mas distaba mucho de ser fácil el darlas otro sesgo. Aquel gobierno tan habituado á manejar soldados, cuando tenia que manejar hombres mostraba toda la torpeza y torpeza del despotismo. Como obra de policia siempre se había dejado al cuidado del duque de Rovigo lo de influir, ora sobre los miembros del Cuerpo legislativo, ora sobre los del cle-



ro, segun se notó en la época del Concordato. Adivinar las necesidades de familia del uno y las necesidades de clientela del otro, y satisfacerlas con empleos ó por otras vías mas ignotas, constituia una tarea desempeñada por el duque de Rovigo con una facilidad sin escrúpulos, con una hombría de bien soldadesca del todo, y que entonces bastaba para la independencia de los caractéres. Pero si de este modo se vencía á algunos individuos, por fortuna para la generalidad se requieren medios mas nobles, y tanto mas á medida que la agitacion de los ánimos es mas grave. Asi conociendo perfectamente los servidores ilustrados del gobierno que algunas satisfacciones personales no se acomodaban á las circunstancias, se determinaron á manifestar que convenia sobre todo impedir que se mezclara el duque de Rovigo en los asuntos del Cuerpo legislativo. Entre estos, con especialidad Mr. de Semonville, enemigo del duque de Rovigo, á quien esperaba suceder en su empleo, hizo llegar este consejo á Napoleon por conducto de monsieur de Basano, su amigo, y Napoleon, á quien habia desagradado la franqueza del duque de Rovigo, se apresuró á significarle que se abstuviera de mezclarse en las cosas interiores de los grandes cuerpos del Estado.

Verdad es que ya no bastaban los pequeños medios ante el sentimiento harto comprimido de la Francia desconsolada. ¿Pero quién era capaz de emplear á falta de medios tales la persuasion sincera? ¿Qué recurso ofrecian las personas hábiles, para quienes pecaba de vulgar la habilidad del duque de Rovigo? Ninguno por desdicha, pues no hay habilidad que pueda prevalecer contra verda-

des dolorosas. Sin embargo, un presidente conciliador y diestro, acostumbrado á manejar á los hombres, y en el pleno goce de la confianza de sus colegas, pudiera ejercer sobre su voluntad algun influjo, y patentizarles que, aún teniendo razon tocante á lo pasado para indignarse, por lo presente se debian unir fuertemente al gobierno para rechazar á los contrarios en virtud de un esfuerzo patriótico y decisivo. Mas por resarcir al duque de Massa, privado en beneficio de Mr. Molé de su cartera, se acababa de quitar al Cuerpo legislativo toda participacion en la eleccion de su presidente, imponiéndole por tal el mismo duque, docto é ilustre magistrado y dignísimo de contemplaciones, si bien ya valetudinario, sin conocer á ninguno de los miembros del Cuerpo legislativo, no conocido tampoco por ellos, y moviéndoles á desagradado sumo, porque su presencia sola era el último ejemplo de la voluntad caprichosa de un despotismo, al cual se imputaba la ruina de Francia.

Nada podia, pues, tal presidente para superar las dificultades de la situacion, ni para hacer sentir que sobre el derecho de quejarse estaba el deber de unirse contra los enemigos de Francia. Si ministros firmes y alentados por el convencimiento se pudieran presentar en la tribuna para hacer en tono digno las declaraciones necesarias, y pedir á los resentimientos que enmudecieran y cedieran el lugar al patriotismo, quizá se lograra prescindir de los torcidos medios que se enderezan en particular á cada hombre; mas por la constitucion del Cuerpo legislativo todos eran mudos, asi el poder como la Asamblea. Un orador del gobierno, personaje secundario y sin responsabilidad, llegaba á



pronunciar una arenga convenida ante legisladores que respondían con otra arenga de la misma clase, no haciendo unos y otros más que cumplir una vana formalidad sin interés alguno. Allí no había medio de consolar el sentimiento público, de hablar á la nación, de trazarle sus deberes, de hacerse oír y creer en suma. Quizá se dirá que una asamblea libre en vez de ser de ayuda fuera de embarazo; se va á ver por lo acontecido, si una asamblea libre pudiera dañar lo que este Cuerpo legislativo avasallado y envilecido.

Junto estaba en París con el corazón henchido de pena, de alarma, de sentimientos amargos de todas clases y que necesitaban desahogo sin posibilidad de encontrarlo, cuando el 19 de diciembre abrió Napoleón el Cuerpo legislativo en persona. En medio de un silencio glacial leyó el siguiente discurso escrito con sencillez y nobleza, como todo lo que emanaba de su inspiración en derecho.

«Senadores, consejeros de Estado, diputados del Cuerpo legislativo: Brillantes victorias han dado lustre á las armas francesas en esta campaña: defecciones sin ejemplo han hecho inútiles estas victorias; todo se ha vuelto en contra de nosotros. Sin la energía y unión de los franceses estaría en peligro la misma Francia.

»En circunstancias tan de bulto, mi primera idea ha sido llamaros á mi lado. Mi corazón necesita de la presencia y del afecto de mis súbditos.

»Ni la prosperidad me sedujo nunca, ni la adversidad me dejaría de hallar superior á sus golpes.

»Muchas veces dí á las naciones la paz que habían perdido. Con parte de mis conquistas levan-

»té tronos para reyes que me han abandonado.

»¡Grandes designios concebí y puse en planta para la prosperidad y felicidad del mundo!... Monarca y padre conozco lo eficazmente que contribuye la paz á la seguridad de los tronos y de las familias. En tabladas hay negociaciones con las potencias aliadas. Me he adherido á las bases preliminares presentadas por ellas. Así abrigué la esperanza de que se juntara el congreso de Manheim antes de abrir esta legislatura; pero nuevos retardos, no atribuidos á Francia, han dilatado el momento que ansía el mundo.

»He ordenado que se os comuniquen todos los documentos originales existentes en la cartera de mi departamento de Negocios Extranjeros. Por medio de una comisión os enterareis de sus por menores. Los oradores de mi consejo os darán á conocer mi voluntad sobre este punto.

»Nada se opone al restablecimiento de la paz por mi parte. Conozco y abrigo todos los sentimientos de los franceses, y digo de los franceses, porque no hay uno solo que desee la paz á costa del honor.

»Bien á mi pesar demando á este pueblo generoso nuevos sacrificios; mas los exigen sus más nobles y caros intereses. He debido reforzar mis ejércitos con alistamientos numerosos; las naciones no negocian con seguridad sino desplegando todas sus fuerzas. Se hace indispensable aumentar los gastos. Lo que os proponga mi ministro de Hacienda se armoniza con el sistema rentístico que he adoptado. A todo haremos frente sin empréstitos que consumen lo porvenir, y sin papel moneda que es el mayor enemigo del orden social.



»Estoy satisfecho de los sentimientos que en esta ocasion me han manifestado mis pueblos de Italia.

»Dinamarca y Nápoles son las únicas potencias que permanecen fieles á mi alianza.

»La república de los Estados Unidos de América sigue con éxito la guerra contra Inglaterra.

»He reconocido la neutralidad de los diez y nueve cantones suizos.

»Senadores, consejeros de Estado, diputados de los departamentos en el Cuerpo legislativo: Vosotros sois los órganos naturales de este trono: á vosotros toca dar ejemplo de una energía que recomiende nuestra generacion á las generaciones venideras. No digan de nosotros: Fueron los primeros en sacrificar los intereses del país: reconocieron las leyes que Inglaterra trató de imponer á Francia durante cuatro siglos sin fruto.

»Mis pueblos no pueden temer que la política de su emperador haga jamás traicion á la gloria nacional. Por mi parte abrigo la confianza de que los franceses serán siempre dignos de ellos y de mí.»

En este discurso anunció Napoleon la comunicacion de los documentos relativos á la negociacion de Francfort, que parecia interrumpida del todo sin que se supiera la causa. De esta comunicacion esperaba que se lograra un resultado de utilidad suma, el único que á la sazón podia esperar de la reunion del Cuerpo legislativo, cual era probar que deseaba la paz; que habia aceptado sus condiciones segun desde Francfort se le habian propuesto, y que, si no estaba ya firmada esta paz, no era por culpa suya, sino de las po-

tencias aliadas. Una declaracion del Cuerpo legislativo en tal sentido alcanzara á remediar, ya que no el agotamiento del país, á lo menos su desconfianza profunda, y le tornara á infundir algun celo con la persuasion de que no se iba á sacrificar nuevamente á la ambicion de su emperador, sino á la necesidad de defenderse y de salvarse. Con todo, antes de desvanecer la desconfianza del país, conviniera disipar la del mismo Cuerpo legislativo, y esto no se podia lograr sino explicándose con mucha franqueza. Mr. de Caulaincourt, que no tenia por qué temerla de ningun modo, la aconsejó muy eficazmente; pero Napoleon tenia hartas verdades que ocultar para seguir este consejo. Si se comunicara únicamente la memoria de Mr. de Saint-Aignan, no habria quien no viera que Mr. de Metternich recomendaba expresamente que *no se obrara ahora como en Praga*, esto es, que no se desperdiciara un momento único de celebrar la paz, lo cual ponía de manifiesto que se pudo y no se quiso hacer en Praga. Si además se presentara la carta de Mr. Basano del 16 de noviembre último, resultaria evidente que en el momento de las proposiciones de Francfort en lugar de coger el gabinete francés por la palabra á Europa, le respondió de una manera equívoca é irónica, y no con una aceptacion formal hasta el 2 de diciembre; y aunque el público ignorara hasta qué punto la pérdida de este mes habia sido funesta, no abrigaria la menor duda de que al perderlo se habia perdido un tiempo precioso, pues la primera abertura de Mr. de Metternich resaltaba tanto por sincera y apremiante como por frio y evasivo su despacho de 10 de diciembre. De consiguiente la



franqueza podía traer consigo revelaciones muy graves; pero al dirigirse á los representantes del país para solicitar su apoyo se necesitaba hablarles de esa suerte, y confesando los errores pasados, apoyarse en la buena fé de ahora, sobre la cual no consentía dudas la carta de 2 de diciembre, para obtener del Cuerpo legislativo la declaración formal de que el gobierno quería la paz; la quería honrosa, pero la quería al cabo.

Napoleon permitió comunicaciones algo amplias al Senado, pero mucho mas restrictas al Cuerpo legislativo. Por ejemplo, la memoria de Mr. de Saint-Aignan se debió transmitir con alteraciones enderezadas á borrar la huella de lo acontecido en Praga. Tocante á las cartas de 16 de noviembre y de 2 de diciembre no había mas arbitrio que dar cuenta de ambas, porque refiriéndose la una á la otra, no era posible retener la primera al comunicar la segunda. Acerca de la forma de las comunicaciones se convino en que el Senado y el Cuerpo legislativo nombrarian cada cual una comision de cinco individuos, y que acudiera á casa del archicanciller Cambacéres para enterarse de los documentos anunciados. Entretanto el Senado y el Cuerpo legislativo se ocuparon en nombrar los comisionados destinados á recibir las comunicaciones del gobierno.

El Senado nombró altos personajes que, sin ser adictos del todo, no eran capaces á la sazón de la mas mínima imprudencia. Mrs. de Fontaines, de Talleyrand, de Saint Marsan, de Barbé Marbois, de Beurnonville fueron los designados. Estos nombres no revelaban ni hostilidad ni complacencia. En el Cuerpo legislativo pasaron las cosas de otro

modo. Bajo mano había indicado el gobierno sus preferencias, mas no se hizo el menor caso de las tales indicaciones. Este Cuerpo, que hasta el presente se había mezclado harto poco en política para hallarse constituido en diversos partidos, y para tener así designados de antemano sus candidatos, los buscó entre vacilaciones, y tuvo necesidad de recurrir á muchos escrutinios para hallar su propio pensamiento hasta cierto punto. Ante todo desechó los candidatos del gobierno, y después de haber reflexionado, eligió varones distinguidos, independientes, y que sin apelar á manejos gozaban de la estimación de sus colegas. Estos fueron Mr. Lainé, célebre abogado de Burdeos, ardiente parcial en otros dias de las ideas de la revolucion, venido luego á opiniones mas moderadas, dotado de una alma buena, aunque vehementemente, y de una elocuencia estudiada, aunque brillante y grave; Mr. Raynouard, literato de nombradía, autor de la tragedia *Los Templarios*, hombre de bien, vivaz, agudo y sincero; Mr. Maine de Biran, talento reflexivo, dedicado á los estudios filosóficos, uno de los sábios á quienes acusaba Napoleon de *ideología*; finalmente, Mrs. de Flauguergues y Gallois, menos conocidos, bien que hombres de luces y muy ardientes partidarios de la libertad política. Todos en visperas de empeñarse en una lucha contra el gobierno, sin pensarlo casi estaban en las vias del *realismo*, entendiéndose por esta calificación una inclinación declarada hácia los Borbones con leyes mas ó menos liberales; pero á lo menos los tres primeros aun no eran los únicos que gozaban de cierto renombre.

Una vez elegida cada una de las comisiones, se



dirigió á casa del príncipe archicanciller con el presidente de su respectivo cuerpo á la cabeza. La comision del Senado fué admitida antes el dia 23 de diciembre. Del mismo Mr. de Caulaincourt recibió las comunicaciones, lo escuchó todo, no dijo nada, y despues de oír la lectura de las cartas de 16 de noviembre y de 2 de diciembre, no tuvo la mas leve duda de que se habia cometido una falta en no aceptar pura y simplemente las proposiciones de Francfort de seguida. Naturalmente á talentos como Mrs. de Talleyrand y de Fontanes se alcanzaba de sobra que el 16 de noviembre debió ser escrita la carta del 2 de diciembre. Mr. de Fontanes fué encargado de presentar el informe acerca de las operaciones de la comision senatorial al Senado ¡Cosa extraña! La comunicacion dirigida á los hombres mas graves, era la menos formal á todas luces, por ser puramente de aparato. A otro dia, esto es, el 24, tuvo lugar la segunda comunicacion que á pesar de ser destinada á personajes de menos importancia, la debia tener de gran bulto.

Como si aun se hubiera querido empequeñecer este acto, se encargó no al ministro, sino á uno de sus subordinados, á Mr. de Hauterive, hombre de verdadero mérito no obstante, que se avistara con los miembros del Cuerpo legislativo y les expusiera el curso de las negociaciones. En casa del príncipe archicanciller verificóse igualmente la conferencia. En vez de altos personajes, conocidos y friamente atentos se hallaron caras nuevas, hombres curiosos, apasionados, prestando oídos á lo que se les comunicaba, si bien deseando y pidiendo mas todavía. Leida la memoria re-

clamaron una nueva lectura y no les fué negada. Su primera impresion fué hasta cierto punto de asombro. Todos estaban convencidos algunos minutos antes de esta lectura de que, si aun duraba la guerra, se debía á la tenacidad de Napoleon, y sin embargo, no teniendo á la vista los documentos de la negociacion de Praga, no teniendo mas que los actos de Francfort, la proposicion confiada á Mr. de Saint-Aignan, la respuesta de Mr. de Basano del 16 de noviembre, la de Mr. de Caulaincourt del 2 de diciembre, obligados estaban á reconocer que Napoleon habia querido la paz en esta última coyuntura. Si tuvieran alguna mas práctica de las transacciones diplomáticas y pudieran saber lo acontecido en Europa desde el 16 de noviembre hasta el 2 de diciembre, y hasta qué punto habian aprovechado nuestros enemigos este tiempo perdido para nosotros, al golpe echaran de ver la falta cometida con no atar desde luego á las potencias aliadas por virtud de una aceptacion pura y simple de sus proposiciones. Sin embargo, reconociendo entre la carta de 16 de noviembre y la de 2 de diciembre un verdadero progreso bajo el aspecto de las intenciones pacíficas, deseaban obtener otro; querian que se adquiriera el compromiso de hacer á la paz los sacrificios necesarios; que, existiendo aun mucha vaguedad en la base de las fronteras naturales, dado que en Holanda, junto al Rhin y en la misma Italia podia haber muchos puntos sujetos á disputa, se declarara plenamente á la comision lo que se pensaba ceder, para que la comision lo declarara al Cuerpo legislativo, esto es, á la Europa, y para que de esta suerte lo mismo Napoleon que la coalicion queda-